

Los Mantos Celestiales

Pintados en los
Registros Akáshicos

Susana M. Franz

Las telas pintadas

Son una de las infinitas artesanías energéticas espirituales que los Registros Akáshicos nos enseñan para resolver, con acciones sencillas, seguras, y de gran poder, algunos aspectos de nuestros sufrimientos y búsquedas humanas.

El Sector de los Tejidos de la Biblioteca Divina

Los Registros Akáshicos nos entregan cuatro revelaciones para quien quiere tejer tapices celestiales

Como en el telar de la tejedora, los hilos se entrecruzan para formar la urdimbre. El plano divino tiende los hilos longitudinales entre el cielo y la tierra. El plano humano tiende los transversales copiando los planos del horizonte. Estos y aquellos son soportes de tus acciones, porque sobre la urdimbre formada, los humanos atan los pensamientos, las ideas, las emociones. Así tejen tramas de bellísimas imágenes y colores cuando usan sabiamente cada punto de cruce entre la voluntad divina y la voluntad humana.

Los Registros Akáshicos interpretan la vida de las personas como un planeta de bordadores, donde cada tejedor construye tramas con los hilos de sus acciones sobre la urdimbre de las voluntades.

Los tapices regalados por los Registros Akáshicos para este libro de mantos celestiales expresan un logro muy alto en el arte del tejido, ya que son ellos mismos quienes guían a los ángeles pintores enhebrando sus colores sobre nuestras telas.

De esta manera es fácil ver lo que nos resultaba difícil de comprender: “Cómo entiende Dios las acciones de los humanos.”

Para entenderlo compará las telas resultantes de estas técnicas con tus acciones: tal como cada tela tiene un valor energético para aplicar a un uso distinto, cada acción humana traza, simultáneamente a su ejecución, entre ocho y diez diseños en los distintos planos de la realidad en los que se inscribe, traduciendo su valor en cada uno de ellos.

¿Qué importa que cada uno de esos dibujos parezca lindo o feo a los ojos de nuestra mente, si la balanza con que es pesado sólo mide su poder energético y su impacto sobre los demás?

Dibujá con tu conciencia tus pensamientos más elevados, volvé a los ideales de cuando eras inocente, verificá su factibilidad, y realizalos.

Recuperarás al superhombre que está dormido en tu interior, al ser sin mancha que fue diseñado por Dios en lo profundo de tu conciencia antes de que nacieras. En ese momento podrás derribar la armadura metálica que construiste para resistir los golpes de la vida en sociedad. Romperás progresivamente el tosco garfio que sustituye a tu mano derecha.

En su reemplazo, los ángeles tejedores urdirán catorce lorigas de oro a tu alrededor, una por cada uno de los catorce ángeles que administran la sabiduría de los Registros Akáshicos. Serás más sensible, claro, no podrás frenar las informaciones que llegan desde el mundo con tu escudo de hierro, pero serás más feliz porque podrás sentir los susurros de las canciones del alma de tu hermano.



Los Hilanderos Invisibles de los Registros Akáshicos

Desde el sector de los hilanderos de los Registros Akáshicos, los ángeles obreros viajan hasta la punta de tus pinceles. Cuando vas trazando lazos con las tintas de colores, ellos dejan caer en las líneas una gota de sus almas. Con su poder transforman tu mente, tu espíritu, y tu entorno.

Podemos estar seguros de que si miramos el espacio con nuestros ojos sutiles, veremos infinita cantidad de cuerdas invisibles para el sentido de la vista, tensadas entre el cielo y la tierra.

Son de diversos colores, como las de una tejedora que cuidadosamente aparta sus hebras sabiendo armonizar el diseño del tapiz que trama entre sus manos. Pero si miramos directamente las fibras celestiales, su luz enceguecerá nuestros ojos.

Nos sumergimos dentro de la tierra para calmar el resplandor. Buscamos donde se clavan la cuerdas. Encontramos el extremo hundido: la punta guarda un ojo diminuto, tanto, que apenas cabe representación alguna.

Nos proyectamos al espacio, hacia el otro extremo. Volamos por encima de las nubes para buscar el comienzo de cada hilo: cada punta parte de un triángulo de oro en cuyo centro se abre un ojo de conciencia, tan celeste, que parece el cielo mismo.

Si tocamos la fibra con nuestros ojos sutiles, sentiremos que puede ser tan dura como el tronco de un árbol, tan fina como una herida del aire, tan poderosa como el fragor de los tambores en la batalla.

Cuando cantamos una canción a nuestros hijos, las fibras escuchan la melodía oculta. Si entonamos un arrorró dulce, se disuelven en el aire. Si bailamos, dando un giro sobre nuestros pies mirando el círculo que pasa, se observan a sí mismas y preguntan “¿quién nos está contemplando?”

Cuando suena una música estruendosa, vibran con la violencia de un tifón que nos arranca las cabezas. Pero si miramos a través de su longitud, son un calidoscopio. Al mirar con el ojo izquierdo, el cielo nocturno, la luna, y las estrellas, se ponen en movimiento. La luna está plena de ojos. Parece la pelota de los chicos, rellena de miradas de luz con alas doradas, pero como la pelota está pintada por fuera con plata, frena la mirada.

Siete hilos de plata lunar parten del medio de la pelota, blanca en la noche, y se clavan derecho entre nuestros dos ojos. Los hilos vienen juntos, amarrados por siete anillos que se anudan en cada fibra para completar un apretado heptágono cada uno de ellos, de los que nacen nuevos rayos iluminando la noche. Los siete hilos entran hasta el centro de nuestras cabezas, y derraman en su interior la bendición de la Virgen María.

Con esta dulzura que nos sacia, miramos sonrientes a la gente que pasa por la calle. Los paseantes nos ven y se preguntan “...a él...a ella, ¿qué le pasa?...porque siempre que mira, parece hablar con el alma”.

Si atienden nuestras manos, se interrogan “¿Qué hada le ayudó a tejer su capa, los zapatos y las mantas?”

Tomamos unos cuantos hilos entre el cielo y la tierra, y los trenzamos en tejidos sutiles con nuestras manos. Construimos una escala que nos llevará hasta las nubes y más allá de ellas. “¡Armemos un laúd desde el cielo a la tierra!”; diremos a nuestros niños, “¡un violín, una guitarra!, las cuerdas las tocará el viento y los dedos de nuestras almas. Sentiremos la música del aire, tan suave que parece no ser escuchada.”

Si tocamos con nuestros dedos las cuerdas de estas arpas, sus lamentos se oirán en otros cielos, y otros seres, tan lejos, sabrán qué nos pasa.

Cuando sentís cosquillas en tu cabeza o en tu vientre es que algunas cuerdas atan sus nudos en tu mente, o en tus entrañas. Está claro que en el otro extremo de la cuerda habrá otra mente u otro corazón, y podrás hablar con ellos sin palabras, sin sonidos, sólo con sensaciones extrañas.

Imaginá que la vida fuera un océano, y avanzás nadando en un mar infinito, ¿quién querrías que te escuchara y fuera a buscarte?...Así debés pensar, y recordar que las conexiones inmediatas para sentir placeres instantáneos son cortas y se pagan caras.

Recordá que cada hebra tiene dos puntas. Si en una está tu mente o tus entrañas, ¿quién te mira desde la otra?

Tejerás tramas invisibles con quienes te rodean, como encajes. Son tramas de un tapiz humano, tan impalpables que nadie se atrevería a creer que están despiertas. Y en seguida pensarás “¡qué suerte!, así puedo expresar todo lo que pienso o siento en seguida, sin necesitar el teléfono”. Así todos sabrán qué pensás y sentís antes de que tu boca pueda abrirse y decir “Hola, ¿cómo estás?”

Detrás del corazón de las madres, desde el anillo de su columna vertebral que deja subir el fuego, salen hilos de seda, finísimos y muy fuertes. Viajan a la cama de sus hijos que duermen, y tejen un tul delicado alrededor del niño, anunciándole su derecho a vivir.

La madeja detrás del corazón de la madre es interminable, porque un río de amor la alimenta. El flujo lame con su llama al cosmos cada siete minutos, mientras exista el universo. La madre enhebra esos hilos de fuego, con los que quema peligros que se abalanzarían sobre el infante si nadie cuidara su derecho a la vida. Simultáneamente, el entrecejo del padre busca en el mundo externo atraer la corriente de fuerzas que pueda hacer crecer a su familia. Si no la encuentra, busca en el fondo del lecho del océano los principios de la existencia, para que los orígenes de la vida le provean de cuanto necesitan para subsistir.

Tramas se tejen de todas las medidas y en todas direcciones. Pueden envolver todo el cosmos o llenar el infinito.

De las más importantes, ¿cuál elegirías para admirar?

De las que yo he visto, la más hermosa es la que forman seres para mí desconocidos, que se esconden si quiero encontrarlos, atando los filamentos que rodean el corazón de los humanos a las acciones futuras que deberán vivir, porque constituyen su camino de progreso. Como las acciones de cada persona se ligan con las de las otras, los hilos del corazón de una persona hacen lazos con los de otros cincuenta, o mil... porque unos darán motivaciones a otros para avanzar, o dar pasos adelante realizando las acciones antes

previstas. Así todos se necesitan entre sí, porque el planeta es una urdimbre entretejida con hilos de oro que hacen lazos en cada alma. Cuando una se mueve, todas se tironean entre sí, y Dios nos mira por encima de los hombros.

